

EL TIO ACEITUNO

¿PROGRESAN los hombres? ¿Degeneran las razas? No seré yo quien se atreva a tomar partido en tan delicada cuestión. Opiniones hay sobre ella para todos los gustos y cuando menos, cuando menos, la dejaremos en problemática.

Lo que sí me permito recomendar a los impresionables es que no se dejen arrastrar por lo que, al parecer, salte a la vista y que se atengan a ese principio, establecido tanto por la Paremiología como por la Metafísica, de que las apariencias engañan. Por fachenda el dulce melón ha de inclinarse ante la insípida calabaza y la áspera castaña reboldea suele ser más gorda y lustrosa que la suave injerta. Tíos hay con planta y arrogancia de castillos roqueros, pero blandos y sin ánima, como los hay, en el reverso de la medalla, hombrecillos que parecen redrojos malogrados y que luego salen ternes, inamovibles y con corazones como campanas.

El tío Aceituno, por pergeño y catadura, pertenecía a estos últimos; en cuanto a su valoración por calidades, el que lea juzgará. Su nombre registral averígüelo Vargas, si es que Vargas tiene gusto o empeño por conocerlo. En Valle Verde no daban fe los registros ni caracterizaban los nombres, sino los mote. Así pues, los nombres quedaban sepultados en el olvido y en ese montón yacía, desde sus más tiernos años, el de tío Aceituno. Le habían rebautizado así a cuenta de su aspecto. Era pequeño, verdoso de puro percutido y con el cráneo ovalado y un tanto puntiagudo, de tal manera que su rostro, por la forma, proporciones y color, recordaba bastante a una aceituna. Pero una aceituna con dos ojos chiquitillos, agudos, maliciosos o socarrones, inquietos siempre y llenos de vida.

Lo demás de su persona estaba en consonancia con su cara. Poca talla, carnes trasijadas con más huesos que chicha, miembros cortos y una voz atiplada, punzante, de flautín. Se le veía con sus botas de majuelas, su faja, la blusa anudada por delante, el chaleco negro sobre la blusa y el sombrero churretoso encasquetado hasta las cejas y parecía un muchacho disfrazado de persona mayor, un cuitado que no podía servir para gran cosa. De un chiquitajo semejante, ¿qué se iba a esperar?

Luego resultaba —y esto sólo para empezar—, que aquel regojuelo era padre de familia y no de cualquier manera ni por los pelos, pues

tenía hasta doce hijos. Doce vivitos y coleando, además de otros cuatro malogrados por diversas causas. Como total y proporción estas cifras resultaban excepcionales hasta en Valle Verde, donde abundaban las familias prolíficas. A la mujer de tío Aceituno — también menuda y escurrida —, le llamaban la Coneja. A él le decían:

— ¿Onde vas a parar, Aceitunillo, chichimequi del demonio? ¿Es que no te cansas?

A lo que respondía tío Aceituno, chispeantes y vivaces sus alegres ojillos:

— A mí el maestro me enseñó en la escuela que las cosas no había que hacelas a medias, sino con buen aprovechamiento.

La Coneja había servido en casa de mi madre y a ella acudía muchas veces como a paño de lágrimas porque con tanto hijo, la miseria y el hambre rondaban siempre, como visita pegote, la casa de tío Aceituno. Mi madre, con más o menos circunloquios, la reconvenía cariñosamente:

— Pero, mujer, es que llenarse de hijos de esa manera...

La Coneja bajaba los ojos y enredaba las manos en los picos del delantal.

— Y qué quiere usted, señorita... Como los probes no tenemos otro entretenimiento y las noches dan tanto de sí...

— ¡Contra! Pues que se vaya a dormir al huerto o a las eras...

— ¡Ay, señorita... si lo tenemos jecho...! ¿Pero de que mos sirve, si amanecemos juntos?

En la época a que se remontan mis recuerdos la prole de tío Aceituno se iniciaba con un mozanco que andaría entre los diez y ocho y los veinte. Descendiendo desde el primogénito, la serie presentaba toda suerte de variedades, hasta rematar en una chatunga de piernecillas tórtigas, redondos ojazos y carita churretosa de mocos y lágrimas, que daba los primeros pasos cogida como una zarza al guardapiés de la madre. A pesar de lo parvo de los progenitores no habían salido los vástagos canijos, sino bien lustrosos y sanotes. Entre aquella tropa había por lo menos, media docena de langarutos que ya les sacaban la cabeza a sus padres.

Como buenos hijos del país todos ellos eran cerriles, levantiscos y de nada fácil manejo. Podía pensarse que el pastoreo de tal rebaño le vendría tan ancho al tío Aceituno como a su mujer la policía del hogar y que, de resultas, familia y casa andarían al *totum revolutum*. Error en ambos supuestos. Tío Aceituno gobernaba a sus huestes con la misma pericia y suavidad que un timonel su barco. Con que se echase mano a la hebilla del cinto y carraspease un ¡jem! premonitorio, quedaba ahogado en flor cualquier conato de espantada y la paz reinaba en Varsovia. En cuanto a tía Coneja, ella sabía como se las arreglaba; lo cierto es que sus hijos y su casa estaban siempre limpios y en orden. Lo que no era poco mérito teniendo en cuenta lo agobiado de su situación, pues las perras que entraban en casa estaban más contadas que los años bisiestos. Pero como decía tía Coneja, a modo de declaración de principios:

— Mos podrá comel el hambre pero lo que es la roña, no.

En mis tiempos, ya con hijos mayores que arrimaban el hombro, el matrimonio marchaba bastante tal cual, tirando a bien. Pero habían atravesado etapas que ni la de los israelitas en el desierto. Seis, ocho, diez, doce bocas abiertas en casa — y todas con buen hambre, a Dios gracias —, y sólo tío Aceitunillo para ganarlo. Como únicas fuentes de ingresos contaba con lo que rindiesen sus brazos, alquilados a jornal y con una huebrecilla de huerto en los pagos de las Pulías

Pero esto, a fin de cuentas, resultaba secundario. Pues por encima de todo tenía tío Aceituno otros valores aparentemente menos cotizables, pero que constituían en realidad su más pingüe y sólido caudal. El primero de ellos, su simpatía, su buen natural, aliados a un ingenio fértil. Sin ser muy locuaz resultaba siempre oportuno, ocurrente y sabía dar en los momentos difíciles con la palabra o la broma que trivializaba y resolvía cualquier difícil cuestión.

Por una parte esta cualidad le solventaba ya de antemano la mitad de sus propios problemas, al permitirle afrontarlos con buen temple, sin encogerse. Por otra, le había hecho ganar entre sus convecinos un título gratuito, pero no menos oficial y solemne que si estuviese extendido en papel timbrado y refrendado por todos los escribanos y notarios del país. Tío Aceituno era en Valle Verde el amigable componedor universal. No había deslinde, partición, reparto, distribución o conflicto de cualquier índole donde no se requiriese su presencia, a título de práctico imparcial. Herencias, riegos, servidumbres de pasos, amojonamientos, discrepancias familiares... En cuanto se presentaban intereses o voluntades en pugna, allí estaba tío aceituno para discriminar como árbitro. A nadie le ponía peso. Le llamaban y acudía, fuesen cuales fuesen hora y lugar. Como si todo el tiempo le sobrara y no se hubiese dejado en casa una nidada hambrienta, con los picos angustiosamente abiertos. Claro que más tarde o temprano y de una u otra manera venía la correspondencia de los demás.

Y el caso es que la técnica de tío Aceituno en estos menesteres resultaba bastante heterodoxa. Pues él ni era hombre completamente entregado al campo, ni conocía la mayor parte de las veces las particularidades de la cuestión que se estaba debatiendo. Por lo tanto dejaba hablar primero a los expertos, hasta que la complicada casuística del asunto quedaba estrujada y el negocio en punto muerto, sin vislumbre alguno de componenda. Entonces, una vez que todo se presentaba encapotado, y a punto ya de abrirse la caja de los truenos y plantearse un irreparable *casus belli*, era cuando intervenía tío Aceituno.

El cual, por ejemplo, se plantaba entre tirios y troyanos, cejijuntos ya y casi lanza en ristre y les apostrofaba, con su atiplada voz:

— ¿Queréis saber lo que habéis jecho hasta ahora? ¡Pues esto...!

«Esto» era un cierto ruido producido por vías recónditas, que no resulta delicado nombrar y que sólo debe ser sugerido por refinadas elipsis, si bien no se porqué, puesto que no es el ruido lo pertur-

bador, sino su estela y no hay peligro de que ésta llegue al pío lector.

— ¡Esto ..! — remachaba tío Aceituno, con todos los «estos» que la improvisación daba de sí—. Aire, mal olor y pocas nueces. ¡Partochos, más que partochos! ¿Te vas tú a morir por cedel el anchurón y tú pol dejal la trocha pol tu linde?

Risas, pullas, cuchufletas. Los directamente interesados procuraban mantener cierta circunspección, pero se les veía relajarse.

— No, si yo pol mí...

— Pos lo que es de mi palte...

Prosperase o no el arbitraje de tío Aceituno la tensión quedaba rota y el negocio entraba en vías de arreglo, por el cauce de las bromas y los donaires. Y que no fallaba jamás. Los recursos y chuscadas de tío Aceituno eran múltiples y venían siempre en el instante preciso. Debido también a ello se consideraba imprescindible su participación en bodas, bautizos o corromblas de cualquier género. Pues ha de saberse que, aparte de la animación que su ingenio y buen humor aportaban, nuestro hombre tocaba la guitarra con mucha sandunga, cantaba mejor o peor, pero bien aguda y alegremente y bailaba como una perinola.

La segunda cualidad que distinguía a tío Aceituno era la de ser un hombre activo, infatigable y de múltiples desempeños. A poco tiempo de casarse consiguió que le diesen la cartería del pueblo. Para traer y llevar el correo tenía que ir todos los días a La Jardilla. Se levantaba mucho antes del amanecer, albardaba al borrico, le echaba encima la valija y al camino. Aunque eran unas cuatro leguas de ida y otras tantas de vuelta, nadie llegó a verle jamás montado en el jumento. Iba y venía a peonza, con un escopetón en bandolera y un chucho bigotudo y de pelo áspero siguiéndole los pasos. Hacia el medio día tornaba al pueblo y siempre con tres o cuatro piezas—conejo, perdiz o liebre—, colgadas del morral. Piezas que, por supuesto, no estaban destinadas al regalo propio, sino a ser vendidas por su mujer. Almorzaba, repartía el correo, terciaba en dos o tres cuestiones ajenas y si no había mejor quehacer, a por una carga de jaras para la tahona o a la huebrecilla propia. Además, por las noches era lagarero en el tiempo de las aceitunas y aguador en el verano.

Y todavía, por lo visto, le quedaba un remanente de tiempo y aptitudes. Un día se presentó en el Ayuntamiento y pidió que le cediesen «un cachejo solar» en el pedriscal que había pegando al Lejío.

— ¿Y para qué lo quieres, Aceituno?

— Pa hacelme una casa, coime.

— ¡Pero, hombre! ¿Tú sabes la válida y el trabajo que eso tiene? ¡Entre aquellos lanchos!

— Yo me las iré arreglando, a ratos perdíos.

— ¡Y tan perdíos!

— Bueno, pues dáimelo y veréis.

Ninguna utilidad próxima o remota se veía posible en aquel carrascal y le dejaron escoger a su gusto. Por lo tanto, tío Aceituno

acotó el trozo que le pareció mejor, empezó a meter barrenos a explanar, a machacar piedra, a plantar árboles, a ir porteoando materiales. La gente se reía de él al principio, pero, poco a poco, los hijos fueron creciendo, arrimaron el hombro y a los quince años la casa estaba levantada.

Porque, según se va viendo, tío Aceituno sería menguado de presencia, pero no de facultades. Su mañosa iniciativa constituía su tercera cualidad. Era emprendedor y a todo hacía con buen aire. De su casa él fué arquitecto, carpintero, albañil, maestro de obras... y no le salió peor ni menos pintoresca que las restantes del pueblo y allí está todavía al cabo de los años, por si alguien siente el capricho de ir a verla.

La cuarta de sus virtudes, implícita ya en las anteriores, era su resistencia. Dormía a salto de mata, estaba en todas partes, a todo atendía y nunca daba muestras de fatiga. Sobrio, enjuto, renegrido, despeado, pero tenso, vivaz como un carbunco, agudo como un rehilete. Tía Zeliberta, la confitera, con la que a cada ir y venir cambiaba a gritos dimes y diretes, le apostrofaba:

— ¡Aceituno y bien tuno, ojo de lechuzo, patas de liebre, piel de perro, pico de gallo...! ¡Si has salío hombre por equivoco!

Otras veces le llamaba avispa, guindilla, alacrán o gorriato brincacharcos. Y yo creo que no andaba muy fuera de lugar la confitera y que de todo aquello había su poco en la exigua humanidad de tío Aceituno. Cuando estaba tejando su casa cayó desde lo alto al suelo, pegándose una costalada que para otro habría sido de muerte. Quedó tan malparado por dentro y por fuera que parecía un talego de nueces, según le sonaban y se movían los desconyuntados huesos. Don Silviano, el médico, después de someterle a minuciosa palpación, arrugó el entrecejo y dijo:

— Malo. Esto no hay quien lo lañe, como no sea el bálsamo de Fierabrás.

Bueno, pues a los tres meses las quebraduras habían soldado y el hombre estaba tan campante y ágil como antes. Don Silviano se encogió de hombros. Llevaba mucho tiempo ejerciendo la profesión en Valle Verde y la experiencia le había enseñado que allí era preciso aceptar como naturales cosas que estaban en contradicción manifiesta con lo aprendido en los libros y en la Facultad.

Así pues, tío Aceituno, a pesar de su caudalosa prole, su insignificancia y su pobreza, había ido tirando decorosamente y sacó adelante a todos los suyos. Como ya he dicho, en mis tiempos las crujías y los agobios habían pasado y la familia se desenvolvía con desahogo. Uno de los hijos tenía a su cargo el servicio del correo y había heredado, aun en vida, el escopetón y el chucho bigotudo de turno. Otros dos se habían hecho albañiles, otro picapedrero y el que más y el que menos, enseñado en dura escuela, tomaba ejemplo del padre para agenciárselas cuanto antes por su cuenta.

La casa, por su parte, pagó también las fatigas que había costado proporcionando a sus dueños un lucrativo negocio. He aquí como: El Ejido—Lejío en Valle Verde, con su fuente, su explanada y

su praderío, era el lugar de expansión de la mocedad en los días festivos. La casa estaba algo más allá, levantada sobre un teso sobresaliente que tío Aceituno había elegido con buen ojo. Tenía delante una pequeña terraza, a la que ascendía por escalones toscamente trazados entre las peñas. Como en aquellos lugares agua brotaba por cualquier parte, dió tío Aceituno con un venero que le sirvió para regar los árboles plantados, los cuales se hicieron con el tiempo altos, frondosos y de buen ver. Edificio y arboleda destacaban airosoamente en la costana rocosa y dominaban el próximo Lejío desde su emplazamiento.

Polvareda, bullanga, rondas, jijíos, bailoteo a tutiplén al son de guitarras, bandurrias, panderos y almireces. En cuanto se fueron a vivir allí y tío Aceituno contempló desde su casa el animado cuadro que el Lejío presentaba, se dijo; «Aquí hay asunto» Sin dar cuenta a nadie de sus propósitos fué preparando un mostrador, bancos, tajos, Un sábado, ya dispuesto el material necesario, marchó él a por el correo a la Jardilla, llevándose dos bestias. Antes de salir, ordenó a su mujer:

—Te vas al pueblo y comprometes toa la leche que pueas para mañana.

La Coneja estaba acostumbrada a obedecer sin rechistar a su marido, pero no pudo impedir que sus ojos expresasen cierta sorpresa. Tío Aceituno insistió:

—Tú, haz lo que te digo.

Cuando volvió de La Jardilla traía en las bestias varios zaques de vino, cajas de gaseosas y una heladora de buen tamaño.

—¿Has apalabrado la leche?

—Toa la que he podido.

—Está bien.

Por la noche atalajó de nuevo a las caballerías y volvió a partir, con uno de los muchachos. Regresaron a mediodía del domingo, con dos buenas cargas de nieve cogida en los ventisqueros de la sierra. Al atardecer preparó el mostrador y los asientos, regó tía Coneja la terraza para que estuviese fresca y el marido empezó a gritar hacia la gente del Lejío:

— ¡Hay lechelá... a la rica lechelá... quién quiere lechelá...?

Acudieron como moscas a la miel y desde entonces la casa de tío Aceituno se convirtió en el merendero: Durante los meses de verano, una arroyada de gente y de sanas perras que le permitieron mercarse alguna finqueja e ir colocando a hijos e hijas en buenas condiciones.

Pero no se crea que con la prosperidad se entregó nuestro hombre a la molicie y la vida contemplativa. Nada de eso. Siguió siendo siempre el Aceituno retuno, patas de liebre y piel de perro, zascandileando de aquí para allí y dispuesto en todo momento a servir a quien fuera y en lo que pidiesen.

—Pero Aceituno vaiviene, metijón, lagartija—le decían los otros— ¿es que no te vas a estar quieto nunca?

Y él respondía:

—Genio y figura, hasta la sepultura. A mí me quitan el trajín y me matan. ¡Si es que me siento y me reconcome la sangre un remusguillo que no me deja vivirl!

Pero tío Aceituno encontró, por fin, la manera de reposar a su gusto y me enorgullece precisar que fué en mi casa donde se hizo posible tal milagro.

Nosotros vivíamos en Valle Nuevo, pero mi madre era de Valle Verde. Una de las muchas actividades de tío Aceituno de las que no he podido ocuparme por no hacerme prolijo, era la de guía. Salir en tales tiempo de la comarca por aquellas trochas de cabras, hasta donde hubiese ferrocarril o carretera, era acometer una empresa llena de dificultades e incidencias. Mucho más cuando, como en nuestro caso, el viaje lo hacía toda una familia cargada de impedimenta. En alguna ocasión puede que me pare a contar uno de estos viajes en caravana. Hoy sólo diré que mi madre no sabía ir ni venir sin que tío Aceituno fuese de espolique, llevando el ronزال de la caballería sobre la que ella cabalgaba, bien que mal, acomodada—es un decir—, entre aparatosas jamugas. Tío Aceituno en sus primeros años fué zagal de mi abuelo, a la sombra de la casa empezó a vivir y allí se hizo novio de la Coneja, que entonces debía ser un gazapillo bien tierno y sustancioso.

En fin, mandar mi madre un recado a tío Aceituno y venir él al galope desde donde le cogiera el aviso, dejando sin más ni más lo que tuviese entre manos, era una misma cosa. Debo aclarar también que esto lo hacía tío Aceituno por querencia y que si en alguna ocasión ha podido alguien verlo enfadado era cuando mi madre pretendía pagarle sus servicios. Porque aquellos tiempos, amigos lectores, eran bien otros que estos...jacarandosos días que nos han tocado en suerte.

Pues bien: En una ocasión, como digo, vino tío Aceituno a mi casa. No era ya ni el zagal de mi abuelo, ni el Aceitunillo traspillado buscando mantenimientos para su camada, sino un hombre con posibles, entrando en la vejez y en un buen acomodo para rematar prósperamente su ajetreada vida. Lo que, por supuesto, no impedía que siguiese siendo el escudero de mi madre en cada una de nuestras idas y venidas.

Aquel día, tío Aceituno encontró en el zaguán de mi casa algo que para él constituía una asombrosa novedad: Un par de mecedoras. Mi madre estaba sentada en una de ellas, balanceándose pausadamente, cuando entró tío Aceituno y se quedó parado, con cara llena de pasmo.

— ¡Chacho!—dijo tío Aceituno— ¡Una silla que anda!—Y se echó a reír, con ingenuo regocijo.

Mi madre le invitó a probar la otra mecedora. Pero tuvo que insistir varias veces antes de que tío Aceituno se decidiese a ello.

—¿Que me siente yo ahí? ¿Y si me tumba?

—Anda, hombre, tú prueba...

Se aventuró, por fin, tío Aceituno, aunque con cara llena de recelo y aferrándose desesperadamente a los brazos de la mecedora,

como si se tratase de un animal indómito. Ahora, que cuando se acomodó en el asiento y aquello empezó a menearse plácidamente y le tomó el gustillo a la cosa... ¡qué carcajadas, qué alborozo, qué chillidos! Siempre que trato de hacerme una idea de la dicha en esta vida, se me presenta la imagen de tío Aceituno sumergido—pues así lo parecía—en la mecedora, con los pies que no le llegaban al suelo, columpiándose en deleitoso éxtasis.

Luego, de pie otra vez, todo se le volvían ponderaciones.

—¡Chacho, qué cosas! ¡Si es que se cuenta y no se cree!

—Pues para que puedas contarlo y te crean—dijo mi madre coges ahora mismo la mecedora y te la llevas a tu casa.

Mi madre, como se ve, sabía apreciar las cosas. Creo que si hubiese regalado a tío Aceituno el bloque de la mecedora en oro no le habría producido ni la mitad de la impresión. Se quedó cortado, con la boca abierta, casi anhelante.

—¿Que... me la lleve?

—Sí, hombre, tengo yo ese gusto.

Tío Aceituno, de la emoción, apenas si podía hablar.

—Pos me la llevo... Otra cosa, no, pero eso sí..., aunque sea un descaro.

Y se la llevó sin más remilgos, como si aceptase un don que le había llovido ex profeso del cielo. Y tal era la realidad. Pues yo tengo para mí que si los hombres llegaron a inventar la mecedora, fué porque Dios reparó con agrado en la más pequeñita de sus criaturas y decidió proporcionarle el ideal que completaba su vida y que parecía totalmente inasequible: Descansar en movimiento.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ

Lea Ud.

«ALCANTARA»

Y PROPÁGUELA ENTRE SUS AMISTADES,
DE ESTE MODO CONTRIBUIRÁ A DIFUNDIR,
DENTRO Y FUERA DE NUESTRA REGION,
LAS LETRAS EXTREMEÑAS.

GLOTONERIA

Entre todos los placeres
que en esta vida nos tientan,
no hay ninguno tan goloso
como el placer de la mesa.

Refacciones, tenteempiés,
convites, pipiripaos,
refrigerios, piscolabis,
alborques y agasajos.

Comer bien es mi ilusión;
en vajilla de Manises
y fina cristalería
donde vino añejo brille.

Rico mosto de Borgoña,
de Palermo, de Campania,
en copa de Baccarat,
sutil, esplendente, ingrávida.

¡Manos de Nereo de Quiós,
festines de Trimalción,
ágapes de Apicio y Lúculo
y Nabucodonosor!

Los dientes se me hacen agua
de pensar que estos magnates
sólo vinieron al mundo
a comer y emborracharse.

Descendiente de Heliogábalo,
bebedor y gastronómico,
detesto lo que es insípido
y busco lo categórico.

Una mesa bien servida,
de blanco mantel cubierta
y entre los vasos y platos
hacecillos de violetas.

Que el cristal y los cubiertos
refuljan bajo la luz,
como brillan en el cielo
Sirio. Vega, Cabra, Artur.

A pesar de mis festines,
no sé lo que es un torzón.
Hay quien tiene indigestiones,
ulcus gástrico, yo no.

Me gusta la sobreasada,
de Vizcaya el bacalao,